

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



EL TROBADOR Avuntamiento de Madrid Fantasia por Comeleran

SUSCRICION

Núm. XI

Año I

NÚMEROS SUELTOS

Semestre. . . 3 Ptas.

Año. 5'50 id.

Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDELLERS 5,7 y 9

Barcelona

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 18 Noviembre 1886

10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.

De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cént. de peseta

* Núm. suelto 10 cent. de peseta

Los correspondientes venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LAMINAS

EL TROVADOR (*dibujo de Comelán*)

El artista, por medio de una caprichosa alegoría, ha hecho una picante sátira de los trovadores. Mírese con atención la lámina, y se verá, sin necesidad de explicación alguna, que en ella se dice que nuestros melancólicos trovadores, con su blonda cabellera, su dulce semblante, su suave citara y su corazón apasionado, han sido siempre los propagandistas del amor, y, por tanto, el bú de los maridos y el espanto de las madres, y la tentación de las muchachas.

BELLEZAS GITANAS

Dícese que la raza gitana proviene de Egipto, pero lo cierto es que ningún argumento convincente se ha podido dar de su misterioso origen.

Pueblo esencialmente nómada, el pueblo gitano vive con sus costumbres, sus leyes, su idioma y su religión (si es que tienen alguna) sin confundirse jamás con las naciones por donde atraviesa.

Así es que los signos de su belleza se destacan del resto del género humano y siempre serán iguales los de la gitana, que corre por las cálidas regiones del mediodía, á los de la que mora en los países del Norte.

FRASES HECHAS

Tengo un amigo, recalcitrante si los hay, con quien trabo continuos altercados para meterle en la mollera ideas de progreso. El bribón se defiende de mis ataques con una sola frase: «No me vengas con innovaciones; creo lo que me enseñaron mis padres; así encontré el mundo y así lo he de dejar.» El tal amigo reside en Tortosa, y el otro día le escribí la siguiente inventiva:

«Hay frases corrientes más contagiosas que la lepra, y más dañosas que el no comer. Una de ellas, y no la que ha obtenido menos voga, es la de: «así nos lo enseñaron nuestros padres y así lo hemos de creer y respetar.»

Pasaría yo por ello de buena gana, si esos padres hubiesen sido grandes peritos en las materias que decimos debemos respetar porque ellos nos las enseñaron; pero casi siempre resulta que los pobres así sabían de tales cosas, como de trufar pavos el gran Homero. Se trata, por ejemplo, de política, y dice uno: «Por esto y por lo de más allá, la monarquía es una institución hija de la barbarie y de la fuerza, y constituye una violación permanente de los derechos naturales; por consiguiente nada hay más puesto en justicia que el gobierno del pueblo por el pueblo.»

«Es verdad, contesta otro, pero nuestros padres nos enseñaron á obedecer á los reyes; reyes hemos encontrado al nacer, y así debemos dejarlo.»

Y con esto queda el incidente terminado, cuidando mucho el propagandista de no insistir en sus argumentos, si no quiere pasar plaza de irreverente con la memoria de sus padres.

«Eso de que existen diablos con rabo y pies exclama fulano, es gracioso disparate que mueve á risa.»

Mengano que lo oye y conviene interiormente en la opinión de su interlocutor, contesta: «Dejémonos de meternos en semejantes honduras; nuestros padres nos lo enseñaron, y como ellos lo dijeron, debemos creerlo.»

Pero vengan Vdes. acá, almas bienaventuradas, digo yo; esos padres que tales cosas les enseñaron á Vdes. ¿eran algunos profundos filósofos, ó algunos sabios teólogos? No: sino cual más, cual menos, gente que es de suponer honrada, pero sin pizca de instrucción, ó tal vez con poca sal en la mollera.

Es que, se me responderá, nuestros padres aunque zotes, lo aprendieron cabalmente de filósofos eminentes y de teólogos exímios.

¡Bravo discurso! ¿Y esos filósofos y esos teólogos, lo aprendieron de sus padres, ó lo descubrieron ellos? Si de sus padres tomaron la paparrucha, valientes sabios serían los tales y buena fe merecen sus palabras! Si á ellos es debido el chiste, claro es que al divulgarlo sostuvieron cosa que no les habían enseñado sus padres, y por tanto con la misma autoridad que introdujeron entonces la innovación, pueden hoy otros reformistas introducir otra contraria á la suya.

Medrados estaríamos que á piés juntillos debiésemos creer, y dobladas las rodillas debiésemos respetar, todo lo que á respetar y creer nos enseñaron nuestros padres! Así aún nuestra legislación sería la impuesta por Moisés, que decía: «No es lícito comer conejo, y merece maldición de muerte el que no se casa con su cuñada viuda,» y nuestra astronomía sería la de Josué, que mandaba que el sol no diese vueltas al rededor de la tierra, y nuestra religión la de los egipcios, que caían en adoración delante de las cebollas de sus huertos.

De lo cual resultaría que Jesucristo fué digno de la cruz, porque vino á predicar contra la ley de sus padres; que Colón mereció castigo de cadenas, porque sostuvo que existían antípodas; que Galileo se hizo reo de sacrilegio, porque reveló que el mundo giraba sobre sus ejes, y hasta que Cervantes profirió blasfemias cuando se rió de los endriagos que asustaban á nuestros antepasados, y de los huevos que en la noche de San Juan profetizaban la buena suerte de las doncellas murrias.

NOTA.—El amigo á quien dirijí por correo las anteriores líneas, firme en sus trece, no se dió á partido, y á la media hora de leído mi escrito me contestó por *telégrafo* lo siguiente:

«No convencido. Así hallamos, así debemos dejar. Mándame noticias de hijo. Estoy impaciente»

JUDAS TADEO

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campaña

(Continuación)

No vino, no; inutilmente
la esperé hasta el nuevo día:
¡cuánta tempestad sombría
estalló dentro mi frente!
¡No vino! ¡Qué lento pasa
el tiempo en la soledad!
Suspiré con ansiedad
como quien de sed se abrasa
y no halla una linfa pura
donde humedecer la boca:
me senté en la misma roca
en que adoré su hermosura,
y doblada la cabeza
del dolor al golpe rudo,
así permaneci mudo
en indecible tristeza,
cerrados los ciegos ojos
y oprimido el corazón,
cual si en marmoreo panteón
velase helados despojos.

Al fin la noche pasó,
y de aquella pesadilla
la luz del alba amarilla
lentamente me arrancó.

En mi torné poco á poco,
y luego, en siniestra calma,
me fui, desgarrada el alma
con extravíos de loco.

VIII

Como mi pensamiento, tormentosa
la tarde apareció; cien nubarrones
cual bandada de cuervos pavorosa
extienden sus oscuros pabellones:
el ábrego saude el ancho seno
de la vieja arboleda,
el rayo brota deslumbrante, y rueda
con bronco crujir retumbando el trueno,
¿Qué importa ese furor á mi delirio,
si llevo dentro el alma
con trazas de martirio
tormenta más cruel? Corro sin calma
al sitio donde Luisa
acude cada día con presteza
á embriagarme de amor con su sonrisa,
mis ojos á recrear con su belleza.
La hora llegó: una y mil veces miro,
jadeando de ansiedad, por el sendero
que acostumbra seguir; atento escucho,
ahogando toda voz, todo suspiro,
si el rumor suena de su andar ligero.
¡Nada!... ¡silencio en torno!... Airado lucho
con mi propio temor, y como el viento
de rama en rama pasa arrebatado,
vuela así atropellado
de sospecha en sospecha el pensamiento.
¡No puedo más! Quizá ráfaga insana
creyéndola una flor de la pradera
al verla tan galana,
á Luisa derribó, y ahora afigida
el dulce alivio de su amado espera
que escudo sea de su tierna vidal
¡No puedo más! ¡Cuando rabioso asola
el huracán, y hasta los robles gimen,
el quietísimo es crimen,
si una débil mujer se encuentra sola.
Febril como un demente,
corro sendas y trochas sin fortuna;

fuelle, ni cueva, ni montaña ingente,
no hubo que yo con ansiedad creciente
dejase de explorar una por una.

El nombre de Luisa repetido
mil veces con frenético alarido
á los vientos lancé, y en gritos secos
lo devolvieron con horror los ecos.
¡Vana porfía! Delirante y ciego
casi sin fuerzas, sobre el césped verde,
y cual medroso recental que pierde
la dulce madre, y de balar no deja,
llanto vertiendo de abrasante fuego
volví de nuevo á mi rugiente queja.
Y antes el cielo allí agotó sus rayos
que mi alma sus furores,
las lágrimas mis ojos, y mi pecho
rabioso volcán hecho
la terrible erupción de sus dolores.

Aunque al siguiente día me abrasaba
fiebre voraz temblándome las carnes,
apenas esparcida la tormenta
que antes llenara los revueltos aires,
dejé mi casa, y con incierto paso
corrí á la quinta que albergaba mi ángel.
Llegué, miré los solitarios muros...
¡qué tristeza ¡ay de mí! vino á asaltarme!
¡todo cerrado puertas y ventanas!..
¡silencio donde todo era alegre antes!
Con balbuciente voz pregunté á un viejo
que allí guardaba unos robustos canes,
la causa de aquel cambio repentino;
y el anciano mirándome al semblante,
con risa helada que me hirió cual daga:

—«Como viene el invierno y son fatales
los vientos de la sierra, temeroso
de que á su hija querida no dañasen,
ayer mañana á la ciudad marchóse,
amiguito el señor de este paraje.»
Dijo el gañán, y como herido corzo
que siente la saeta en los hijares,
corrí á mi casa, y le dejé siguiendo
con su burlona risa interminable.
A la hora escasa, abandoné la aldea
de mi partida sin dar cuenta á nadie,
y á la ciudad volé como un demente
de mi Luisa en pos. Templo ni calle
no hubo al llegar que con avaros ojos
desesperado yó no registrase.

¡Ay! cuantas veces una esbelta niña
finjió ante mi su seductora imájen,
al pecho ardiendo en amorosas ansias
pronto agolpando bullidora sangre.
¡Ay! cuantas veces en la vaga sombra
que lucha con las luces de la tarde,
creí mirar en la lejana esquina
el gracioso flotar de su ropaje.
Delirio sólo del tenaz deseo!
Jamás sobre su huella pude hallarme!
Indagué con porfía, y supe al cabo
que á la corte Luisa con su padre
por urgente negocio hacía poco
que debiera marchar, y á no dudarse
tardaría el regreso algunos meses
que yó ya imaginaba eternidades.
¡Ay! y cuanto llorara aquella ausencia
creyéndola preludio de pesares!

La risa no asomó más á mis labios!
De torvos pensamientos denso enjambre
á todas horas me asaltaban fieros,
como asaltan los buitres á un cadáver.
Vacío inmenso en mi redor sentía;
me ofendía la luz; me ahogaba el aire
y esquivo á la amistad, como el verdugo
huyendo con horror de todas partes,
no encontraba consuelo sino cuando
iba en mi soledad á refugiarme.

(Se continuará)



BELLEZ GIT



Z GITANAS

MISCELANEA

Un maestro de escuela decía á sus discípulos:

—He llegado á oler que alguno de vosotros se ensucia en la puerta de la escuela, y, como lo llegue á probar...

Al mirarse un paleta en un espejo, dijo: —¡Calle! Pues esta cara me es conocida: ¡parece de mi pueblo!

Al ir á sentarse una joven que estaba oyendo misa, soltó lo que, por decencia, se llama una pluma, y una jirana que sintió el ruido, dijo: —Pues ni que fuera una princesa la señorita; pues ¿no sopla el suelo para sentarse?

—¡Vaya V. con Dios, tocayal dijo un chulo á una moza de garbo.

—Y, ¿quién le ha dicho á V. que me llamo Bárbara? contestó ella saladamente.

Una gran señora decía á un abate que le presentaron en cierta reunión: —Me han contado, señor abate, que á V. le gustan mucho las faldas.

—¡Calumnias como ella, señora! Nadie aborrece las faldas tanto como yo, contestó el padre: lo que me gustan son los cuerpos.

Un vizcaino se casó, y, al día siguiente, al levantarse, saludó á su mujer con un tremendo bofetón.

—Pero ¿qué te he hecho para que me pegues? exclamó la joven.

—Nada absolutamente, respondió el marido: pero figúrate por esa muestra lo que yo haría si me diceses motivo.

Fué un muchacho á confesar, y preguntóle el padre:

—¿Cómo está Dios en el cielo?

—Y el chico contestó: —Perfectamente.

—Don Juan ¿es cierto lo que dicen?

—¿Qué dicen?

—Que se está quemando su casa.

—¡Imposible! Mire V., ¡precisamente traigo la llave en el bolsillo!

Preguntaba un pasajero á un mozo de una posada, que de dónde era; y, habiéndole contestado que de Asturias, volvió á preguntarle cuántos años llevaba en aquella posada.

—Señor, diez años,—contestó el mozo.

—¿Y en qué consiste que siendo asturiano no has economizado en tanto tiempo lo suficiente para establecerte?

—Es, señor,—repuso el otro,—porque el amo es gallego.

Un joven, agregado de embajada, escribió una comedia, titulada: *El zapato de baile*, que fué representada por personas de la alta sociedad en una fiesta dada en el palacio de la legación.

La princesa H... representó el primer papel, y habiéndole gustado mucho rogó al autor que le diese una copia del manuscrito.

El diplomático, lisonjeado en su amor propio, prometió presentar su trabajo á la mayor brevedad.

En efecto: pasados algunos días, se dirigió con el manuscrito al palacio de la princesa.

—¿A quién debo anunciar?—preguntó un lacayo.

El agregado, temiendo que la princesa hubiese olvidado su nombre, contestó:

—Diga V. á la señora que le traigo *El zapato de baile*.

Y el lacayo, abriendo la puerta del tocador de su ama, anunció:

—El zapatero, señora.

Una señorita aficionada á las palabras altisonantes, estaba con su novio.

Hacía rato que callaban.

De pronto el novio, para decir algo, exclamó:

—¡Y qué patético y que cerúleo está el cielo!

La novia nada contestó, pero recogió la palabrilla para lucirla á la primera ocasión.

A los pocos días iba de paseo por el campo con otras muchachas, cuando una de ellas, dijo por casualidad:

—¡Ay, miren Vds. que nubecillas tan ricas hay en el cielo!

Y como un escopetazo, exclamó con énfasis la novia:

—Sí, chica, sí: está muy *perlático* y muy *ciruelo*!

Un cortesano tuvo unas palabras un poco vivas con un mariscal de Francia, á quien dijo:

—Si yo no soy mariscal como V., soy de la madera que se hacen.

—En efecto,—respondió el mariscal;—si se hiciesen de madera.

Algunos estudiantes quisieron burlarse de un labrador, y le dijeron:

—¿Sabes silbar?

—¡Pues no he de saber!

—¿A qué apostamos que no?

—Lo que quieran Vds.

—A ver, silba.

Y el palurdo empezó á hacerlo, pero en tono muy bajo.

—¿Por qué no silbas más alto?—le preguntaron.

—Porque cuando las bestias están cerca no hay necesidad.

—Pero, María, decía, enojada el ama.—¿Que cocinera tan descuidada es V! Ahora se pone V. á espumar la olla en una cuchara de plata!

—Señora, si estaba sucia.

Decía un sietemesino á una señorita: —No crea usted que soy tan tonto como parezco.

Y contestaba la señorita: —¡Oh! de ninguna manera; eso sería demasiado.

El doctor X... es tan mal médico como mal cazador, lo que no impide que todos los años se marche al campo durante un mes para pasarlo cazando.

Y dice uno de sus clientes: —Esta es la única temporada que este hombre no mata.

Tip. DELCIOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.

CONSEJOS

I

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.

Con semejante costilla
bien pudiera suceder,
que aunque tuvieses esposa
carecieses de mujer.

Ya que por conservar ella
la frescura del semblante,
equivaría al marido
para agradar al amante.

Y entonces tu deberías,
pasando las de Satán,
ir á cazar en vedado
para remediar tu afán.

II

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.

La primer cosa en que piensa
apenas se ha levantado,
no es en arreglar la casa,
sino en hacer su peinado.

Porque no le ajes las trenzas
no te deja dar un beso,
y has de dar al peluquero
seis duros al mes por eso.

Y con mirar te limitas
lo que ella á lucir va al cabo
para agradar á los otros
que no les cuesta un ochavo.

III

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.

Por poco que se persuada
de que es linda y agraciada
viv rá llena de orgullo
de sí misma enamorada.

De la luna ante el espejo
absorbida á todas horas,
no sabrá si estás enfermo,
si bromeas ó si lloras.

Y si se acerca á tu lado
hará que te vuelvas ético
el fuerte olor del almizcle
del pachulí y del cosmético.

IV

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.

Para entretener el tiempo
haciendo tontas visitas,
dejará sin cepillarte
ni coserte las levitas.

Y así lo que hacer podría
á tu gusto y con esmero,
lo habrás de confiar al sastre
que te robará el dinero.

Esto sin contar que para
que no les falten cariños,
habrás de pagar niñera
que guarde y mime tus niños.

V

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.

Deseando lucir sus trajes
sin reparar en derroche,
querrá salir cada día
á dar un paseo en coche.

Y no saltará algún zángano
que ponga el pié en el estribo,
y gratis goce el carruaje
que á tí te desuella vivo.

Mientras que tú para ahorrar
y cubrir el presupuesto,
andarás á pié, llevando
el zapato descompuesto.

VI

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.

Por ser moda en las mañanas
ir á tiendas á ver ropa,
no vigilará el puchero,
y comerá mala sopa.

Y no es esto lo peor,
pues que por añadidura,
te vendrá luego el tendero
con una larga factura.

De modo que así tu esposa
hará con este belén,
que tú comas malamente,
y el tendero coma bien.

CONSEJOS

VII

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.

De románticas novelas
llena su imaginación,
de su casa distraído
tendrá siempre el corazón.

Por más que al correr los años
frescura y gracia le roben,
al esposo verá viejo,
pero ella se creará joven.

Y siempre en amantes sueños
ha de suspirar la tal,
pensando que en su marido
no ha encontrado su ideal.

VIII

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.

Con ella nunca en invierno
pasarás una velada,
que irá al teatro cada noche
muy risueña y escotada.

Y quedándote solito
y entregado á Belcebú,
para que la miren otros
no podrás mirarla tú.

Sin contar que para colmo
de pena y befa después,
te costará esto un abono
de treinta duros al mes.

IX

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido,
y barata para el mundo.

Te atraerá con sus gracias
y con su encanto hechicero,
mucho, muchísimo amigo,
pero muy poco dinero.

Le faltará el apetito,
hará en la mesa mil dengues,
mas te gastará mil duros
en pastillas y merengues.

Y no contenta con esto,
para darse más boato,
siempre tendrá convidados
que se te coman el plato.

X

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.

Causándole eterno enojo
el reposo del hogar,
siempre estará imaginando
como poder viajar.

En verano ira á los baños
de Vichy, de Spa, ó Baden,
y en invierno irá á Sevilla
ó á Madrid con rico tren.

Y el esposo á sus caprichos
tendrá siempre que adecuarse
so pena de armar escándalo,
y enseguida divorciarse.

XI

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.

Mujer de tal condición
siempre acostumbra á ser vana,
y gustando el coquetear
por lucir joyas se afana.

En la tienda del joyero
busca joyas de valor,
y á veces por ellas pierde
su joya de más valor.

Que los diamantes y el oro
para las mujeres son
brújulas que las conducen
por sendas de perdición.

XII

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.

Con «soirés» y con banquetes,
«lunchs» y thés y pastelillos
por ir siguiendo la moda
perseguirá tus bolsillos.

Tendrás brindis cada jueves,
cada lunes baile eterno,
y tu casa alborotada
parecerá un infierno.

Que placentera armonía
y dulzura empalagosa
reinar verás siempre en torno,
menos entre tí y tu esposa.

